













Robert Louis  
**Stevenson**

El diablo de la botella



Robert Louis  
**Stevenson**  
El diablo de la botella

Ilustraciones de  
Emilio Urberuaga



Traducción de  
Colectivo Stevenson BdL

Nørdicalibros

© De la traducción: **Pedro Argudo, Cristi Cruz,**  
**Carlos de Ezcurra, Alberto González,**  
**Ana Mato Hombre, Yovanna Posada,**  
**Melisa Trinajstić y Carole Vautier**

© De las ilustraciones: **Emilio Urberuaga**

© De esta edición: **Nórdica Libros, S. L.**

Doctor Blanco Soler, 26 -28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: **enero de 2026**

ISBN: 979-13-87922-36-8

Depósito Legal: M-27884-2025

IBIC: FA • Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

**Gracel Asociados**

Alcobendas (Madrid)



Diseño de colección y maquetación: **Diego Moreno**  
Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra y Ana Patrón**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





*Nota:* Todo estudioso de un producto tan poco literario como el teatro inglés de principios de siglo reconocerá aquí el nombre y los fundamentos de una obra que en otro tiempo hizo popular el temible O. Smith. La idea principal está presente y es idéntica, aunque espero haberla convertido en algo nuevo y, ya que el cuento se ha diseñado y escrito para un público polinesio, puede que, por su exotismo, despierte un cierto interés en nuestro país.

ROBERT LOUIS STEVENSON



**H**abía un hombre en la isla de Hawái al que llamaré Keawe, pues la verdad es que sigue vivo y su nombre debe permanecer en secreto, pero el lugar de su nacimiento no queda muy lejos de la bahía de Honaunau, donde reposan escondidos en una cueva los restos de Keawe el Grande. Era un hombre pobre, valiente y activo; sabía leer y escribir como un maestro y era, además, un marinero de primera clase: navegó un tiempo en los barcos de vapor de la isla y también tomó el timón de un ballenero en la costa de Hamakua. Con el tiempo, a Keawe se le ocurrió la idea de salir a ver el mundo y otras ciudades y embarcó rumbo a San Francisco.

Es esta una hermosa ciudad, con un hermoso puerto e incontables personas adineradas; existe en concreto en la ciudad una colina cubierta de palacios. Por esta colina paseaba un día Keawe con el bolsillo lleno de dinero y admirando las grandes casas a uno y otro lado de la calle. «¡Qué casas tan bonitas! —pensó—, ¡y qué felices deben de ser las personas que viven en ellas, que no necesitan preocuparse del mañana!». Esto andaba pensando cuando se detuvo frente a una casa más pequeña que las otras, pero acabada y adornada como un juguete. Sus escalones brillaban como la plata, los arriates del jardín lucían flores exuberantes como guirnaldas y las ventanas resplandecían como diamantes. Keawe se detuvo asombrado por la maravilla que tenía ante sus ojos y, en ese preciso momento, percibió a un hombre que lo miraba fijamente desde una ventana tan transparente que Keawe podía verlo como se ve a un pez en la



poza de un arrecife. Era mayor, calvo y de barba negra; su rostro reflejaba una gran tristeza y suspiraba con amargura. Pero lo cierto es que mientras Keawe contemplaba al hombre y el hombre observaba a Keawe, se envidiaban mutuamente.

De repente, sonrió y con un leve gesto invitó a Keawe a acercarse. Lo recibió en la puerta de la casa.

—Es hermosa esta casa mía —dijo el hombre con un amargo suspiro—. ¿No le gustaría ver las habitaciones?

Y así, guio a Keawe por la casa, desde el sótano hasta el desván; y no había nada que no fuera lo mejor de lo mejor. Keawe quedó deslumbrado.

—Realmente es una casa hermosa —dijo Keawe—; si yo viviera en una parecida, me pasaría el día riendo. Entonces, ¿cómo es posible que no haga usted más que suspirar?

—No hay razón alguna —respondió el hombre— por la cual no pudiera usted tener una casa similar en todo a esta, y aún más hermosa, si así lo desea. Supongo que tendrá algo de dinero, ¿verdad?

—Tengo cincuenta dólares, pero una casa como esta seguro que costará mucho más.

El hombre hizo un cálculo.

—Siento que no tenga usted más —se lamentó—, eso puede acarrearle problemas en el futuro; no obstante, es suya por cincuenta dólares.

—¿La casa? —se extrañó Keawe.

—No, la casa no; la botella. Debo decirle que, aunque le parezca tan adinerado y dichoso, toda mi fortuna, esta casa misma y su jardín, salieron de una botella no más grande que una pinta. Aquí está.

Abrió un mueble cerrado con llave y sacó una botella abombada de cuello largo, hecha de un vidrio blanquecino como la leche y con destellos iridiscentes. En su interior algo oscuro se movía vagamente, algo así como una sombra y una llama.

—Esta es la botella —dijo el hombre y, al ver que Keawe se reía, añadió—: ¿No me cree? Pruebe usted mismo a ver si logra romperla.

Keawe levantó la botella y la golpeó contra el suelo hasta quedar agotado, pero rebotaba como una pelota y siempre quedaba intacta.

—Es muy extraño —dijo Keawe—, porque tanto por su aspecto como por el tacto diría que es de cristal.

—De cristal es —replicó el hombre, que suspiraba cada vez más fuerte—, pero el cristal fue templado en las llamas del infierno. En ella habita un diablo, que es esa sombra que vemos ahí moviéndose, o eso quiero suponer. Si alguien compra esta botella, el diablo estará a sus órdenes y todo lo que desee se cumplirá con solo pedirlo: amor, fama, dinero, casas como esta, sí, o incluso una ciudad como esta... Napoleón tuvo esta botella y con ella llegó a ser el rey del mundo, pero la vendió y cayó. El capitán Cook la tuvo y gracias a ella encontró el camino a tantísimas islas, pero también él la vendió y murió asesinado en Hawái, porque una vez vendida, el poder y la protección desaparecen y, a menos que el hombre esté satisfecho con lo que tiene, algo malo termina acaeciéndole.

—¿Y aun así habla usted de venderla? —dijo Keawe.

—Tengo todo lo que deseo, me estoy haciendo mayor y hay una cosa que este diablo no puede hacer: prolongar la vida. Además, no sería justo ocultarle que la botella tiene un inconveniente: si su dueño muere antes de venderla, arderá para siempre en el infierno.

—¡Pues claro que es un inconveniente! ¡Y tanto! —exclamó Keawe—. Mejor no meterse en historias con esta cosa. Puedo vivir sin una casa, gracias a Dios, pero de ninguna manera podría vivir un instante sabiéndome condenado a las llamas del infierno.

—Por Dios, ¡no se precipite! Lo único que tiene usted que hacer es usar el poder del diablo con moderación y después venderle a

otro la botella, como estoy haciendo yo, y disfrutar de lo que le quede de vida.

—Mire, dos cosas me han llamado la atención: la primera es que sigue usted suspirando cual doncella enamorada y la otra es que muy barata vende usted esa botella...

—Ya le he contado por qué suspiro —dijo el hombre—. Temo que mi salud se esté resquebrajando y, como usted mismo ha dicho, morir e ir al infierno es una tragedia para cualquiera. En cuanto a por qué venderla tan barata, debo explicarle otra peculiaridad de la botella. Hace mucho tiempo, cuando el diablo la trajo por primera vez a la tierra, era extremadamente cara (el Preste Juan la compró por una fortuna), pero no puede venderse, a menos que sea a la baja. Si recibe lo mismo que pagó por ella, le volverá cual paloma mensajera. De ello se deduce que su valor ha ido cayendo a lo largo de los siglos y, ahora, la botella es extraordinariamente barata. Yo mismo se la compré a uno de mis ricos vecinos de esta colonia, y el precio que pagué fue de apenas noventa dólares. Podría venderla por ochenta y nueve dólares y noventa y nueve centavos, pero ni un centavo más; de lo contrario, la botella regresaría a mí. Ahora bien, hay dos peros: el primero, que cuando se ofrece una botella tan singular por ochenta y tantos dólares, la gente supone que es broma; y el segundo..., bueno, este no corre prisa, no hace falta entrar en eso ahora. Solo recuerde que debe venderla a cambio de dinero de curso legal.

—¿Cómo puedo saber que esto que me cuenta es verdad? —preguntó Keawe.

—Puede usted comprobarlo en parte ahora mismo. Deme sus cincuenta dólares, agarre la botella y pídale que vuelvan a su bolsillo. Si no sucediera, por mi honor le prometo que cancelaré el trato y le devolveré el dinero.

—No me estará usted engañando...

El hombre se comprometió solemnemente.

—Me arriesgaré, pues, porque daño no puede hacerme. —Keawe le dio el dinero al hombre, que le entregó, a su vez, la botella.

—Diablo de la botella —dijo Keawe—, quiero recuperar mis cincuenta dólares.

Y, efectivamente, apenas hubo pronunciado esas palabras, su bolsillo pesaba tanto como antes.

—Bien es verdad que es una botella maravillosa.

—Y ahora, buenos días, querido amigo. ¡Que el diablo lo acompañe a usted y no a mí!

—¡Espere! —dijo Keawe—. Ya está bien de bromas. Tome, llévese su botella.

—La ha comprado por menos de lo que yo pagué por ella —contestó el hombre, frotándose las manos—. Ahora es suya. Y por lo que a mí respecta, lo único que quiero es no volver a verle la cara.

Y tras decir esto, llamó con una campanilla a su criado chino para que acompañara a Keawe a la puerta.

Una vez en la calle, con la botella bajo el brazo, Keawe comenzó a pensar: «Si todas estas cosas de la botella son ciertas, puede que haya hecho un mal negocio. Aunque tal vez el hombre solo estuviera tomándose el pelo». Lo primero que hizo fue contar el dinero. La cantidad era exacta: cuarenta y nueve dólares estadounidenses y una moneda chilena. «Pues parece que es verdad. Ahora probaré otra cosa».

Las calles de esa parte de la ciudad estaban tan limpias como la cubierta de un barco y, aunque era mediodía, no había transeúntes. Keawe abandonó la botella en una alcantarilla y se alejó caminando. Dos veces miró para atrás, y allí seguía la botella, con su color blanquecino y su forma abombada, justo donde la había dejado. Volvió la vista por tercera vez y dobló la esquina, pero apenas lo hizo, algo le golpeó el codo. Y ahí estaba, el largo cuello por fuera y el abombado

cuerpo bien metido en el bolsillo del chaquetón. «Pues parece que esto también es verdad», concluyó Keawe.

Lo siguiente que hizo fue comprar un sacacorchos y apartarse a un lugar oculto en el campo. Intentó abrir con él la botella, pero cada vez que lo introducía, volvía a salir y el corcho quedaba intacto.

«Será un tipo nuevo de corcho», se dijo Keawe y, de repente, empezó a temblar y a sudar, pues aquella botella lo intimidaba.

De regreso al puerto, vio una tienda donde un hombre vendía conchas marinas y garrotes de las islas salvajes, viejos ídolos paganos, monedas antiguas, ilustraciones de China y Japón y toda clase de cosas que los marineros cargan en sus cofres. Entonces tuvo una idea. Entró y ofreció la botella por cien dólares. El hombre primero se rio de él y le ofreció cinco, pero la botella era ciertamente curiosa. Cristal como aquel nunca se sopló en un taller humano: eran tan hermosos los colores que brillaban bajo el lechoso color blanco, tan extrañas las sombras que flotaban en su interior... Y así, tras regatear un rato, como acostumbran a hacer los de su profesión, el hombre entregó a Keawe sesenta dólares de plata por el objeto y lo dispuso sobre un estante, en mitad del escaparate.

«Bien, he vendido por sesenta lo que compré por cincuenta..., bueno, a decir verdad, por un poco menos, ya que uno de los dólares era chileno —se dijo Keawe—. Ahora comprobaré si también esto era cierto».

Entonces regresó a su barco y cuando abrió el cofre, vio que allí estaba la botella, que había llegado más rápido que él. Keawe tenía a bordo un amigo llamado Lopaka.

—¿Qué te sucede que miras tanto tu cofre? —preguntó Lopaka.

Se encontraban solos en el castillo de proa y Keawe, tras hacerle jurar que guardaría el secreto, se lo contó todo.

—Es un asunto muy extraño —concluyó Lopaka— y mucho me temo que esta botella va a meterte en líos. Pero una cosa está



muy clara: como es seguro que vas a tener problemas, al menos sácale partido al trato que has hecho. Decide qué es lo que quieres obtener; luego da la orden y si se cumple como esperas, yo mismo te compraré la botella, pues tengo la idea de adquirir una goleta y dedicarme a comerciar por las islas.

—No es eso en lo que estoy pensando yo —respondió Keawe—, sino en tener una casa hermosa y un jardín en la costa de Kona, donde nací, con el sol brillando en la puerta, flores en el jardín, cristales en las ventanas, cuadros en las paredes, adornos y tapetes finos en las mesas; igualita a la casa en la que estuve hoy, solo que con una planta más, y con balcones por todas partes, como en el palacio del rey... Y vivir allí sin preocupaciones y divertirme con mis amigos y mis parientes.

—Bueno —dijo Lopaka—, llevémonos la botella a Hawái y si, como supones, todo se cumple, yo te la compraré, tal como he dicho, y pediré una goleta.

Llegaron a un acuerdo y, poco después, el barco regresó a Honolulu con Keawe, Lopaka y la botella. Apenas desembarcaron, se encontraron con un amigo en la playa que de inmediato presentó sus condolencias a Keawe.

—No entiendo por qué me das el pésame —dijo Keawe.

—¿Cómo? ¿No te has enterado? —preguntó el amigo—. Tu tío, ese pobre viejo, ha muerto, y tu primo, aquel muchacho tan guapo, se ha ahogado en el mar...

Keawe se llenó de tristeza y empezó a llorar y a plañir, olvidándose de la botella. Pero Lopaka estaba pensativo y, cuando el dolor de Keawe cedió un poco, le dijo:

—He estado pensando... ¿Tu tío no tenía tierras en Hawái, en el distrito de Kau?

—No, en Kau no, en la ladera de la montaña, un poco más al sur del pueblo de Hookena.

—¿Esas tierras no serán ahora tuyas?

—Así es —contestó Keawe, y empezó a llorar de nuevo por sus parientes.

—No es el momento de lamentarse. Tengo una idea: ¿no podría todo esto ser obra de la botella? Ahí tienes el terreno para tu casa...

—Si es así, matar a mis parientes es una forma espantosa de atender a mis deseos, pero bien podría ser, pues fue en ese mismo lugar donde imaginé la casa.

—Pero la casa todavía no se ha construido.

—No, ¡y pocas posibilidades hay de que ocurra! —exclamó Keawe—. Mi tío tenía algunas plantas de café, otras de *kawa*<sup>1</sup> y bananos, pero eso no será suficiente para vivir holgadamente y el resto de la tierra es lava.

—Vamos a ver al abogado —dijo Lopaka—. No me saco esta idea de la cabeza.

En la oficina del abogado se enteraron de que el tío de Keawe se había hecho con una fabulosa fortuna de la noche a la mañana y de que había dejado abundante dinero.

—¡Aquí está el dinero para la casa! —exclamó Lopaka.

—Si está usted pensando en hacerse una casa —dijo el abogado—, tome esta tarjeta de un arquitecto nuevo del que hablan maravillas.

—¡Cada vez mejor! —exclamó Lopaka—. Nos lo está dejando todo bien clarito. Sigamos obedeciendo órdenes.

Y se fueron a ver al arquitecto, que tenía la mesa de trabajo llena de planos de casas.

---

<sup>1</sup> El *kawa* (*Piper methysticum*), también llamado *kawa-kawa*, *kava kava* o *kava*, es una planta originaria del Pacífico occidental que se usa en bebidas medicinales y rituales. (N. de los TT.).

—Usted busca algo fuera de lo habitual. ¿Qué le parece esto?  
—preguntó el arquitecto, pasándole a Keawe uno de los proyectos.

Al verlo, Keawe no pudo contener un grito: era la representación exacta de lo que había imaginado.

«Esta ha de ser mi casa —pensó—. Por poco que me guste cómo me ha llegado, esta es, y ya puestos, tendré que aceptar tanto lo bueno como lo malo».

De modo que le explicó al arquitecto todo lo que deseaba, cómo amueblaría la casa, los cuadros que pondría en las paredes y los adornos en las mesas y le preguntó sin rodeos cuánto le cobraría por todo.

El arquitecto le hizo muchas preguntas, tomó la pluma e hizo un cálculo. Una vez hubo terminado, pronunció la suma exacta que Keawe había heredado.

Lopaka y Keawe se miraron y asintieron.

«Está claro que voy a tener esta casa, lo quiera o no —pensó Keawe—. Viene del diablo y temo que poco bien traerá, pero de una cosa estoy seguro: mientras tenga la botella, no formularé más deseos. La casa tengo que quedármela y, ya puestos, tendré que aceptar tanto lo bueno como lo malo». Así que acordó las condiciones con el arquitecto y firmaron un contrato.

Keawe y Lopaka zarparon nuevamente rumbo a Australia, pues habían decidido no interferir en absoluto: dejarían al arquitecto y al diablo de la botella construir y decorar la casa a su voluntad. El viaje fue bien, pero Keawe contuvo el aliento durante toda la travesía: había prometido no expresar más deseos ni aceptar más favores del diablo. El tiempo previsto para los trabajos de la casa ya se había cumplido cuando regresaron. El arquitecto les dijo que la casa estaba lista y Keawe y Lopaka tomaron el vapor Hall hasta la costa de Kona para verla y comprobar que todo se había hecho conforme a la idea que Keawe tenía en mente.



La casa se encontraba en la ladera de una montaña y se podía ver desde los barcos. Por encima, el bosque se extendía hasta las nubes, cargadas de agua; por debajo, la lava solidificada formaba los acantilados donde yacían los restos de antiguos reyes. Un jardín con flores de todos los colores rodeaba la casa: a un lado había un huerto de papayos y, al otro lado, uno de árboles del pan. Justo enfrente, mirando al mar, se erigía el mástil de una embarcación con una bandera. La casa en sí era de tres pisos, con grandes habitaciones y anchos balcones. Las ventanas eran de un cristal de excelente calidad, tan claro como el agua y tan brillante como un día soleado. Las habitaciones estaban decoradas con todo tipo de muebles. De las paredes colgaban pinturas con marcos dorados: barcos, hombres luchando, bellas mujeres y lugares singulares —en ningún otro sitio existen pinturas con colores tan brillantes como las que Keawe halló en su casa—. En cuanto a los adornos, eran finísimos: relojes de carillón y cajitas de música, figuritas de hombres que asentían con la cabeza, libros llenos de ilustraciones, valiosas armas de todos los rincones del mundo y los más elegantes rompecabezas para el entretenimiento de un hombre solitario. Puesto que nadie querría vivir en estancias como estas, sino solo recorrerlas y admirarlas, los balcones se construyeron con tal anchura que un pueblo entero podría haber vivido felizmente en ellos. Keawe no tenía claro si prefería el porche trasero, desde donde le llegaba la brisa del campo y podía asomarse a los huertos y las flores, o la terraza del frente, donde beber el viento marino y bajar la mirada por la abrupta pared de la montaña para ver pasar el Hall aproximadamente una vez a la semana en sus travesías entre Hookena y las colinas de Pele o las goletas que recorrían la costa para cargar madera, *kawa* y bananas.

Después de recorrer la casa, Keawe y Lopaka se sentaron en el porche.



—Bueno, ¿está todo tal y como lo habías concebido? —preguntó Lopaka.

—No puedo expresarlo con palabras —le respondió Keawe—. Es mejor de lo que había soñado, me muero de felicidad.

—Solo queda una cosa por valorar: puede que todo esto haya ocurrido de un modo natural y que el diablo de la botella no haya tenido nada que ver en absoluto. Si te comprase la botella y aun así no consiguiese la goleta, habría puesto la mano en el fuego por nada. Soy consciente de que te he dado mi palabra, pero espero que no te niegues a mostrarme otra prueba más.

—Juré no pedirle más favores —dijo Keawe—. Suficiente me he aventurado ya.

—No estoy pensando en favores —contestó Lopaka—, solo quiero ver al diablo. No gano nada con eso, así que no tengo nada de que avergonzarme. Sin embargo, con verlo una sola vez, daré por cierto todo este asunto. Hazme ese favor, déjame ver al diablo y, cuando lo vea, aquí está el dinero, en mi mano.

—Solo hay una cosa que me preocupa... Puede que el diablo sea horrendo y que, una vez lo veas, pierdas totalmente las ganas de comprar la botella.

—Soy un hombre de palabra. Y aquí está el dinero, lo dejaré entre los dos.

—Muy bien... —dijo Keawe—. Yo también tengo curiosidad. Así que, vamos, déjese ver, señor diablo.

Tan pronto como pronunció estas últimas palabras, el diablo se asomó y, con la velocidad de una lagartija, volvió a entrar en la botella. Keawe y Lopaka quedaron petrificados. La noche llegó antes de que ninguno supiera qué decir o cómo expresarlo. Finalmente, Lopaka le acercó el dinero a Keawe y cogió la botella.

—Soy un hombre de palabra —dijo Lopaka—. Y menos mal, de lo contrario no tocaría esta botella ni con el pie. En fin, conseguiré

la goleta y un dólar o dos que echarme al bolsillo y me desharé de este diablo lo más rápido posible. Si te digo la verdad, su mera apariencia me ha hundido el ánimo.

—Lopaka —le respondió Keawe—, procura no pensar demasiado mal de mí. Sé que es de noche, que los caminos no están en buen estado y que el camino junto a las tumbas es mal lugar para pasar tan tarde, pero te confieso que desde que he visto esa cara, no voy a poder comer, dormir ni rezar hasta que esté lejos de mí. Te daré un farol, una cesta para guardar la botella y cualquier pintura o cualquier cosa de valor que quieras llevarte de la casa. Márchate de una vez y ve a dormir a Hookena con Nahinu.<sup>2</sup>

—Keawe, más de uno se tomaría a mal esto que dices, sobre todo porque te estoy haciendo un gran favor al cumplir mi palabra y comprar la botella. Y, de hecho, la noche, la oscuridad y el camino junto a las tumbas, todo tiene que ser diez veces más peligroso para un hombre que carga con semejante pecado en su conciencia y con una botella como esta bajo el brazo. Por lo que a mí respecta, es tan tremendo el terror que siento, que no tengo valor para culparte de nada. Así que me marchó y ruego a Dios que seas feliz en tu casa y yo afortunado con mi goleta y que, al final, los dos vayamos al cielo a pesar del diablo y su botella.

Lopaka empezó a bajar la montaña y Keawe se quedó en el balcón delantero mientras escuchaba el golpeteo de los cascos del caballo y veía la luz del farol de Lopaka bajar por la senda, a lo largo del acantilado de las cuevas donde están enterrados los muertos. Sin dejar de temblar y de retorcerse las manos, rezaba por su amigo, alabando a Dios por haberse librado de aquel peligro.

---

<sup>2</sup> D. H. Nahinu fue un juez hawaiano retirado que hospedó a Stevenson durante su estancia en Hookena. (*N. de los TT.*).